
ARTES, HUMANIDADES Y COMUNICACIÓN

Apuntes desde la enseñanza*

Fernando Vizcarra

En fecha más reciente, toda la literatura se ha puesto a indagar sobre la comunicación, pero quien sufre por no poder comunicar, se encuentra ante lo indecible, y lo indecible está en igual medida en el camino de la poesía y la experiencia.

Bernard Noel

El escenario

Debemos identificar algunas tendencias generales de las sociedades contemporáneas para aproximarnos al sentido que hoy tienen las artes y las humanidades en la enseñanza de la comunicación. Sobre todo, es necesario configurar de manera amplia el entorno al cual debe responder, desde nuestros centros de estudio, el pensamiento humanista de este fin de siglo.

Una lectura generalizada de los acontecimientos nos permite identificar las siguientes tendencias. Primeramente, vivimos intensos procesos de globalización económica que tienden a la creación de mercados regionales, bloques económicos y polos de desarrollo. Europa, los países de la cuenca del Pacífico y el continente americano integran zonas de intercambio cuyos núcleos consolidan la hegemonía de los países más estratégicamente industrializados. Hoy podemos hablar de una economía planetaria, donde los planes de crecimiento de cada nación están determinados por su relación con el exterior, y donde se profundizan las desigualdades económicas de los países más aislados. El derrumbe de las burocracias comunistas en Europa del Este ha liquidado las tensiones de la guerra fría, y ha revelado los complejos problemas de nuestro mundo al margen de los reduccionismos tradicionales.

Asimismo, presenciamos, principalmente en América Latina, la consolidación del liberalismo económico como estrategia global de desarrollo, donde se promueve la constitución de un Estado restringido a sus funciones administrativas y se delega la organización de la vida social a las fuerzas de la producción, del mercado y de la sociedad civil, intensificando en consecuencia los valores del capital en las relaciones humanas y la cultura del individualismo.

Asistimos, también, a la transformación y fortalecimiento de las industrias culturales, principalmente los medios de difusión masiva, constituidos en los más poderosos suscitadores y organizadores de los ánimos colectivos. En los últimos años, el acelerado avance de las tecnologías de información ha mantenido en el rezago nuestra capacidad para comprender sus significados a la luz de las diversas teorías sociales. Por otra parte, la globalización de las experiencias culturales, como resultado de la difusión masiva, no ha logrado aminorar las diferencias étnicas, políticas, religiosas o de clase que agobian a la humanidad. El notable adelanto tecnológico y la evolución de los lenguajes audiovisuales no han convergido con aquellas políticas de comunicación que promuevan el desarrollo social. Hoy está de más afirmar que los medios masivos han dejado de ser una variable más en la composición de la cultura para convertirse en lo que Román Gubern ha llamado "las más ricas canteras mitológicas del mundo".

Las alianzas estratégicas entre poderosos consorcios trasnacionales y la conformación de públicos mundiales ávidos de emociones continuas, han consolidado a los medios de difusión como industrias exportadoras de sueños, dejando al margen la discusión promovida desde hace tres décadas por académicos, universitarios, partidos políticos, sindicatos y organizaciones civiles en torno a la responsabilidad social de estas corporaciones. No obstante los importantes logros de la sociedad civil, aún están pendientes los debates fundamentales en torno a la función y el destino de los medios masivos.

Somos testigos, simultáneamente, del resurgimiento en diversas regiones del mundo de lo que Guillermo Bonfil Batalla (1990) ha denominado las identidades profundas. La resurrección de las culturas tradicionales, traducidas en nacionalismos, en xenofobia, en racismo, en terrorismo, pero también en luchas étnicas por la reivindicación del pasado y los derechos humanos, por la democracia y el respeto a las minorías, por la obtención de mejores condiciones de vida, oscila hoy entre la pluralidad y la intolerancia, la diversidad y la desintegración, el diálogo y la violencia.

Los movimientos nacionalistas hoy tienen por los menos dos vertientes: aquellos que impulsan la soberanía y el desarrollo de los pueblos históricos, y los que pretenden el exterminio (en un sentido u otro) de las minorías o las etnias consideradas como extrañas. La manifestación violenta de ambos proyectos está recomponiendo, en varias partes del mundo, los estados nacionales. Por un lado, los nacionalismos exacerbados, surgidos en su mayoría por la acumulación de frustraciones diversas, parecen no comprender los argumentos de aquellos sectores considerados como "distintos". Más aún, las minorías son interpretadas como sórdidos contingentes ajenos al corazón de la nación, y por tanto, una amenaza al predominio global de las etnias privilegiadas. Incluso, en las llamadas democracias avanzadas, con frecuencia los derechos de las minorías son borrados por la voluntad ciega de las mayorías, paradójicamente amparadas en la legalidad del voto: estas formas de coerción legitimada entrañan en ocasiones evidentes rasgos de impunidad. Por su parte, en los límites del siglo, las minorías reclaman a través de múltiples medios el derecho a ser protagonistas en las profundas transformaciones de la sociedad. En el vértigo de los acontecimientos los distintos proyectos parecen confundirse y ante el asombro de todos, pasan de la resistencia pacífica a la violencia justiciera.

Enfrentamiento de identidades, comunidades imaginarias en conflicto, y en el ojo de la tormenta, la cuestión esencial del resguardo a las fronteras personales. La idea del individuo como depositario universal de una nueva moral no pertenece a la tradición. La historia del mundo registra una larga sumisión de las garantías individuales frente a los poderes hegemónicos en turno: la iglesia, el estado, el partido, el patrón. De allí que el debate central de la modernidad sea, quizás, el debate sobre los derechos humanos.

A este panorama, debemos sumar la crisis del medio ambiente que nos obliga a cuestionar con severidad el costo global de las políticas de desarrollo. Las sociedades modernas han establecido relaciones de dominación con la naturaleza de la misma forma como se construye la hegemonía en el mundo social. La rentabilidad del medio ambiente ha puesto en peligro la permanencia de la vida. Al parecer, entre nuestros antepasados, la naturaleza, como recinto común, quedó al margen de la memoria. Nunca fue un patrimonio que las distintas generaciones debían de heredar y conservar. Al respecto, Ikram Antaki (1992:54) señala:

El defecto de la "Declaración universal de los derechos humanos" es que los hombres son definidos como solos en el mundo. El derecho natural moderno es un derecho enraizado en la historia, pero jamás en el mundo.

Ante tal situación las interrogantes comienzan a permear todos los ámbitos. ¿Cómo aprovechar nuestros recursos naturales sin alterar drásticamente el equilibrio ecológico? ¿Cómo responder a las necesidades fundamentales del hombre actual sin poner en riesgo a las futuras generaciones? ¿Qué rol deben asumir los medios de difusión para respaldar estrategias de desarrollo ecológicamente prudentes?

Paradojas de nuestro tiempo: globalización y a la vez auge de las ideologías tradicionales, liberalismo económico y decadencia del medio ambiente, pobreza extrema e individualismo competitivo, avance de las tecnologías de información y rezago en la conciencia social. No obstante los recientes triunfos de las democracias sobre los totalitarismos socialistas, parece que aún no salimos de una de las zonas más oscuras del túnel de la historia.

Ante este escenario cabe preguntarnos: ¿Qué tipo de humanismo debemos promover en las escuelas de comunicación para transformar nuestros entornos? ¿Cuál es el lugar de las humanidades y las artes en los procesos de modernización a los que estamos condenados? Los pensadores clásicos funcionalistas coinciden en que detrás de sus múltiples conflictos, el hombre tiene tres necesidades fundamentales que satisfacer: conservar la vida y reproducirla, conocer y transformar el mundo, y atender las emociones y los sentimientos. Lo que está en crisis hoy no sólo son los métodos para satisfacer dichas necesidades, sino el sentido mismo de nuestra evolución como especie. La modernidad no aporta argumentos sólidos para la justificación de la existencia. Nuestras instituciones, indiferentes a las proclamas del humanismo del siglo XX, han fracasado en la creación de los mitos perdurables para la fragua del sentido de la vida.

Amparadas en los fantasmas de la propiedad privada, en las promesas del mercado y en el culto a la razón, las identidades emergentes han caído en el desasosiego. Esta crisis moral cuyo origen se encuentra en los procesos de especialización propios del desarrollo industrial, tiene a las sociedades con el rostro fragmentado, abismado, desvanecido.

Frente a esta realidad, las ofertas masivas de "felicidad garantizada" se han filtrado a una notable diversidad de campos. Desde los movimientos de renovación religiosa hasta las filosofías de la excelencia y la calidad, la nueva conquista de conciencias se multiplica y avanza rápidamente mediante estrategias especializadas. Todas llevan (a su manera) la promesa de la salvación, la mayoría han constituido públicos y sumado lealtades. Casi todas revelan el vacío dejado por el agotamiento de las utopías modernas. Hoy, por ejemplo, las sociedades laicas parecen descubrir en los movimientos de recristianización, la crítica funda-

mental a las complejas recomposiciones de nuestra civilización. El argumento predilecto es que todos los males de nuestro tiempo han sido causados por la pérdida de fe.

Las empresas de superación personal también realizan su cruzada. En un principio, la búsqueda de lo que ahora conocemos como excelencia y calidad era preocupación exclusiva de los sectores de la producción. La meta era la estandarización de insumos y productos. Hoy, estas metas parecen trasladarse íntegramente a los diversos campos de la sociedad sin reflexión alguna: la eficacia, la rapidez, la competitividad (los irrefutables criterios de la selección) se han convertido en los valores predominantes de nuestro tiempo. Por supuesto, el problema no está en la aspiración por la excelencia, sino en el sentido mismo de la razón funcionalista, es decir, en la orientación que los actos humanos toman en un determinado espacio y tiempo de vida.

Está claro que las artes y las humanidades, por sí mismas, no resuelven los conflictos sociales; sus propósitos son otros: nombrar y desentrañar la realidad a través de la imaginación creadora, fundar mitos capaces de otorgar sentido a la existencia. El pensamiento humanista concibe al mundo, es decir, a la economía, la política, la cultura, el medio ambiente, como sistema del hombre. El humanismo exige un proyecto de sociedad y de hombre para cada meta institucional. Aporta la fraternidad a la competitividad, la tolerancia y la pluralidad al fanatismo, nos enseña a disentir.

Hace más de treinta y cinco años, las humanidades inauguraron el campo académico de la comunicación en México. La consigna de José Sánchez Villaseñor era "someter la técnica al espíritu". En la actualidad, parece que nos alejamos de tal propósito. Ante la ausencia de un proyecto de sociedad, las instituciones modernas demandan para sus propios espacios no individuos críticos y creativos, sino militantes. En consecuencia, nuestras escuelas parecen producir solamente profesionales de la estrategia. Necesitamos poner en contacto los múltiples saberes de nuestro campo, no sólo en términos de asignaturas tradicionalmente humanistas (la literatura, la historia, la filosofía), sino también de espacios de discusión interdisciplinaria donde las interrogantes sobre la comunicación humana trasciendan los intereses de la producción. Como sabemos, la práctica profesional del comunicólogo es resultado de representaciones diversas, en la medida en que éstas sean más elaboradas, más plurales, más críticas, se podrá incidir en procesos de mediación con mayor certeza.

¿Cuáles son las tareas del comunicólogo ante las profundas transformaciones de nuestra sociedad?, ¿qué valores deben promover quienes

tienen la responsabilidad de difundir mensajes a través de los medios masivos o de participar en diversos procesos de mediación? Y sobre todo, ¿qué nos ofrecen las artes y las humanidades al campo de la comunicación? Entre otras cosas, la posibilidad de rescatar desde los dominios de la pasión, el sentido de la fraternidad: el gesto más digno y trascendente del género humano. La fraternidad no aspira a conjurar las diferencias entre los hombres, no pretende estrechar utópicamente a los enemigos; su aportación consiste en promover los métodos de la discrepancia. La democracia es una de las formas privilegiadas en que la fraternidad se expresa: la convivencia, a veces tensa, entre los diversos proyectos de sociedad; el respeto pleno a los derechos de las minorías en una sociedad guiada por la decisión de las mayorías. Como el amor, la democracia está hecha de pequeñas conquistas cotidianas que requieren ser nombradas con imaginación y constancia. Al respecto, Herbert Marcuse ha escrito:

La lucha por ampliar el mundo de la belleza, de la no-violencia, de la tranquilidad, es una lucha política. La insistencia en estos valores, es restaurar la tierra como medio ambiente humano, no es sólo una idea romántica, estética, poética, que concierne únicamente a los privilegiados: es hoy cuestión de sobrevivencia (1985).

El arte es la constancia de las múltiples formas que toma la pasión, la imaginación y la belleza, y el referente necesario para nombrar al mundo. Lo que designa la literatura, el cine, las artes plásticas, la música, las artes escénicas, es lo esencialmente humano. Por ello, la estética está en el corazón de los saberes de nuestro campo, no sólo porque dota al comunicólogo de los recursos fundamentales para la traducción de lenguajes y el desarrollo de la expresividad, sino también, porque es fuente de la imaginación poética, indispensable para construir colectivamente el sentido de la vida.

Arte y comunicación

A lo largo de las últimas tres décadas, el campo de la comunicación en México ha orientado sus debates en torno a los ámbitos que la ciencia, la formación de agentes y las prácticas profesionales han especializado: publicaciones, congresos, mesas redondas y planes de estudio han hablado sobre ciencias sociales y comunicación, industrias culturales, tecnologías, políticas de comunicación, administración, enseñanza, e investigación de la comunicación, entre otros temas. El balance ha sido positivo y a fuerza de pedir prestado objetos de otras disciplinas, la comuni-

cación ha terminado por oxigenar otros campos tradicionales de las ciencias sociales. Las aportaciones, por ejemplo, de la investigación empírica sobre medios masivos de difusión (historia, estructuras, funciones, contenidos, audiencias, etc.) han sido relevantes para la sociología de la cultura, la psicología o la antropología social.

Sin embargo, el arte ha sido un tema poco recurrente en los diversos ámbitos de la comunicación. Las ciencias sociales y los fenómenos artísticos han corrido tradicionalmente por vías paralelas, acechándose, deslumbrándose, en ocasiones ignorándose mutuamente. Cuando ambos coinciden, no es infrecuente presenciar gestos de falsa diplomacia, y no pierden tiempo en ratificar sus respectivos patrimonios y, a veces, en exhibir sus mutuos prejuicios. Pierre Bourdieu afirma que la sociología y el arte no se llevan bien, y aclara:

el universo del arte es un universo de creencias, creencia en el don, en la unicidad del creador increado, y la irrupción del sociólogo, que quiere comprender, explicar y dar razón, causa escándalo (1990:225).

¿Quién es más fiel a sus mitos, el científico o el poeta? Ambos pretenden desentrañar la realidad, sus lenguajes no son los mismos, sus métodos y sus fines tampoco.

No obstante, el campo de producción artística posee una característica poco común en la vida social. Mientras otras esferas de la sociedad se reproducen y se legitiman en la preservación de sus valores, estructuras y normas (la iglesia por ejemplo), el campo del arte garantiza su existencia y continuidad sólo en la ruptura. Lo que preserva el campo artístico, en esencia, es la facultad de transformar sus principios y contenidos, y también la relación con sus públicos, en pleno ejercicio de su autonomía relativa.

Cuando un estudiante entra en contacto con la historia del arte, es decir, con las confrontaciones estéticas que han dado origen a las vanguardias, lo que está interiorizando en gran medida, es la tradición de la ruptura, las sendas venturosas de la pluralidad. La vocación del arte por la diversidad lo ha convertido en un espacio singular de transformación humana.

En sus mejores condiciones, las escuelas de comunicación han tenido dos tipos de acercamiento a la literatura y el arte: el primero, consiste en explicar la composición del mundo social y sus procesos de comunicación a partir del análisis de los fenómenos artísticos. A través de presupuestos teórico-metodológicos de carácter sociológico, autores como Marx, Mukarovski, Goldmann, Barthes, Adorno, Bordieu o Eco convierten al arte en objeto de estudio y ponen en evidencia coordenadas fundamentales para la comprensión de la sociedad (De Paz, 1979).

El segundo acercamiento consiste ya no en estudiar el estructuralismo de la producción cultural y sus condiciones sociales, sino en abrir en los estudiantes disposiciones a la experiencia estética. Es decir, superar la noción limitada de comunicación como simple transferencia de información, y atender la composición del discurso, el relato, las arquitecturas del sentido, la configuración de mundos posibles mediante la renovación del lenguaje. Este vínculo supone no sólo la revisión de formas artísticas y el desarrollo de la expresión, sino también la construcción de una visión poética del mundo, trascendental y crítica.

Entre arte y medios de comunicación han existido distintos y complejos niveles de articulación. Los movimientos artísticos desde mediados del siglo XIX son incomprensibles sin la presencia de las tecnologías audiovisuales, que inician con la fotografía y se prolongan hasta la conquista de las imágenes en movimiento. Hoy el panorama es intrincado: la diversificación de las ofertas culturales, la hiperfragmentación de los públicos y el auge de las tecnologías de información han modificado sustancialmente la reflexión teórica sobre el arte. Su crisis de identidad no es ajena a la naturaleza esquivada y contradictoria del propio campo. En efecto, la historia de las vanguardias es también el retrato de la agnición moral y estética de otras generaciones.

Sin embargo, hoy habría que incluir nuevos apuntes para la comprensión del acontecer artístico contemporáneo: la dimensión industrial, transnacional y monopólica de los medios audiovisuales, que han hecho de la cultura del espectáculo una de las actividades de mayor rentabilidad en el mundo; el desarrollo de imágenes sintéticas por computadora, que seguramente redefinirá la cultura visual del próximo siglo; y la multiplicación de submercados culturales, que las nuevas tecnologías favorecerán aún más, donde circulan todo tipo de periódicos y revistas independientes, ediciones de autor, producciones caseras en video, objetos de arte gráfico en serie, discos compactos y audiocasset grabados en estudios privados; todo en pequeños tirajes y al margen de los grandes circuitos de distribución, pero cuya presencia como fenómeno se extiende por todo el planeta. Estas realidades están recomponiendo drásticamente las concepciones tradicionales sobre el arte.

Al respecto, Román Gubern dice:

Las artes de mayor difusión e influencia social avanzan vinculadas al desarrollo tecnológico. [...] Dicho sea con todo el respeto a los tradicionalistas que siguen utilizando el "hardware" de hace cinco siglos, como el pincel, la paleta y los pigmentos pastosos. El arte contemporáneo es el arte derivado de nuestra revolución tecnológica contemporánea, y lo demás podrá ser respetable y hasta hermoso, pero irremisiblemente extemporáneo (1992:48).

¿Por dónde cerrarle el paso al interminable desfile de obras memorables? ¿Tiene sentido intentar catálogos o registros significativos? Este es un problema menor, y quizás ni siquiera tiene solución. No hay por qué ir tan lejos: la oferta de obras maestras en las tiendas de autoservicio es un ejemplo de que la dicotomía entre “alta cultura” y “cultura de masas” está rebasada. Hoy sabemos que, en diversos momentos, la industria del entretenimiento ha proporcionado a sus audiencias productos más vanguardistas que los del propio campo legítimo del arte. El cine comercial, el diseño gráfico e industrial, la fotografía periodística, la industria discográfica, el radioteatro y el video clip, entre otros medios, han sido también territorios de experimentación formal que han dado a luz obras de calidad artística sobresaliente.

Allí están frutos como los grabados de José Guadalupe Posada, pionero de la cultura de masas, o *Metropolis* de Fritz Lang, o *Tiempos modernos* de Chaplin, o *Persistencia de la memoria* también conocida como *Los relojes blandos* de Salvador Dalí, o *La guerra de los mundos* llevada a la radio por Orson Welles en 1938, o su propio film *El ciudadano Kane* o la fotografía móvil de Gabriel Figueroa, o *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, o *Pedro Páramo* de Rulfo, o las serigrafías *Muerte y desastre* de Andy Warhol, o *Kind of blue* de Miles Davis, o *La naranja mecánica* de Stanley Kubrick, o *A sangre fría* de Truman Capote, donde se funden literatura y periodismo, o *Rayuela* de Julio Cortázar, o *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* de The Beatles, o la serie de *El padrino* de Ford Coppola, o *Dark side of the moon* de Pink Floyd, o *Blade runner* de Ridley Scott, o *Koyaanisqatsi* de Godfrey Reggio con música de Philip Glass, o *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, o *La corrida* de Fernando Botero, o el *So* de Peter Gabriel, o *The yellow shark* de Frank Zappa, o *Entrevista con el vampiro* de Neil Jordan, basada en la novela de Anne Rice; todos protagonistas de la cultura de masas, todos inscritos sin menoscabo en las mejores tradiciones artísticas y en la lista de los grandes creadores.

No es precipitado afirmar que muchas de las ideas centrales de nuestro tiempo se encuentran en los dos géneros narrativos por excelencia: la novela y el cine. Ambos han sido poderosos espejos de mitologías, conflictos y aspiraciones de la sociedad. También han provocado nuestras imágenes del futuro, se han rebelado a las cárceles de la cotidianidad y han dejado constancia de su enorme poder de encarnación. El arte no oculta la soledad humana, por el contrario, la revela y la pone en contacto con las formas de sobrevivencia de la sociedad. Fijar con atención la mirada sobre los fenómenos artísticos representa para el comunicólogo no sólo la posibilidad de depurar su intervención en los procesos de me-

diación, sino también de transformarse a la luz de la experiencia estética. Como la teoría social, el discurso del arte también otorga organicidad, información y conciencia al ejercicio profesional de la comunicación.

La discusión en torno a las prácticas emergentes que debemos promover desde las escuelas de comunicación para atender los diversos problemas del desarrollo humano y social, debe involucrar sin duda a las artes y a las humanidades como espacios privilegiados de formación humana.

El pensamiento moderno —dice Octavio Paz— ha triunfado en el terreno de las generalidades, pero ha menospreciado lo particular, lo sensible, lo cualitativo. Son las artes las que han rescatado estos rasgos, en especial las artes literarias y, muy en especial, la poesía. El pensamiento futuro tendrá que ser pensamiento poético[...]. Un pensamiento que recoja lo particular, lo cualitativo, lo sensible, lo sensual y lo ponga en relación no avasalladora con el todo (1991:12).

Frente a los enormes cambios en el horizonte de las relaciones sociales y el desarrollo de las tecnologías de comunicación, es necesario recobrar e impulsar la aspiración de Sánchez Villaseñor (someter la técnica al espíritu) y convertir nuestra disciplina en un laboratorio social en donde, de acuerdo con Jesús Galindo, nos formemos como laboriosos artesanos de la imaginación.

Notas y referencias bibliográficas

- * Agradezco al Seminario de Estudios de la Cultura del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el apoyo brindado para la realización de este texto.
- Antaki, Ikram (1992), *Segundo renacimiento*. Cuadernos de Joaquín Mortiz. México.
- Bourdieu, Pierre (1990), *Sociología y cultura*. Grijalbo/CNCA, colección Los noventa, México.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1990), *El México profundo*. "EP/CNCA, colección Los noventa, México.
- Gubern, Román (1992), "Medios de comunicación y tradiciones artísticas" en *Intermedios*, no.1 marzo. RTC, México.
- Marcuse, Herbert (1985), *El hombre unidimensional*. Editorial Artemisa, colección Obras maestras del pensamiento contemporáneo. México.
- Paz, Alfredo de (1979), *La crítica social del arte*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona.
- Paz, Octavio (1991), "Miradas sobre el mundo actual (conversación con Fernando Savater)" en *Vuelta*, año XV, no.178, septiembre. México.
- Tatarkiewics, Wladyslaw (1992), *Historia de seis ideas*. Editorial Tecnos. Madrid.